

## CAPÍTULO IX.

## SÁTIRA URBANA.

§ 1º *Utilidad de la sátira urbana.*

CONDENANDO como inurbanas las villanías y las injurias, no se pretende vedar el uso sábio y oportuno de la ironía y de la sátira, que, ejercitándose sobre las preocupaciones y locuras de los hombres, logra tal vez entronizar la verdad, haciendo reir.

El amor propio, que no abandona á los hombres sino cuando ellos abandonan la vida, les hace temer la burla sobre cualquier otro mal, les sacude de encima la indolencia y los despoja de las mas queridas manías por no quedar espuestos al raspamiento del ridículo, lo cual no obtiene muchas veces la mas luminosa verdad ó la razon mas aguerrida. Si Aristófanés hubiera dado á los atenienses en una disertacion aquellos amaestramientos que les dió en sus comedias, lo hubieran hecho pedazos; mientras que en el teatro reian hasta reventar y le confesaban la razon. Aunque los gentiles hubiesen visto á Ciceron asaltar el edificio de la idolatría, con armas prestadas de la filosofia, con todo no podían inducirse á abandonar sus templos. Presentóse en-

medio de ellos Luciano, que hacia la guerra al gentilismo con burlas, y si no destruyó los altares, disminuyó en gran parte á los adoradores. Este es el peligro de la lectura de Voltaire, particularmente para los jóvenes ó para los semidoctos. Si se examinan sus bufonadas á fondo para buscar lo que tengan de racional y fundado, no se hallará un grano de sustancia contra los principios y verdades fundamentales de la religion que ataca; pero la ridiculez con que reviste lo mas serio y grave de la tierra, sus comparaciones jocosas, y el chiste y gracia con que nos arranca la risa, dispone á su favor y se estiende hasta dar crédito á sus burlas, si no hay un suficiente criterio y sólida instruccion para calificar todo su absurdo. A pesar de tan ventajosas armas y de tan inmenso talento, Voltaire ha quedado muy corto en sus triunfos y estos han sido muy efimeros; lo cual no puede atribuirse sino á la consistencia y firmeza del edificio que ha combatido. Por la inversa, cuando el que se ataca es falso y deleznable, por viejo y respetable que sea, viene á tierra al impulso un poco enérgico de la sátira. El buen sentido, por ejemplo, habia proscrito las locuras caballerescas de España antes del nacimiento de Cervantes; pero esta nacion no llegó á despojarse de ellas, sino despues que él hubo presentado al público su ridiculísimo D. Quijote.

Se debe pues mirar la sátira como una especie de enmienda censoria que sirve para corregir aque-

llos defectos, los cuales, sin dejar de ser molestos y tal vez dañosos á la sociedad, no se encuentran en los códigos criminales, y pasarían impunes y aun inobservados por el mismo culpable sin la amonestacion picante de la sátira, del motejar y de la burla. Su aguijon vivo y ligero, vibrado á tiempo, puede hacerse un suplemento á la legislacion, mas eficaz que los mas graves sermones, mas agudo que una pena aflictiva, y el remedio blando y específico de las enfermedades no ulcerosas del ánimo, y por decir así, cutáneas.

Sin embargo, la ironía y la sátira son armas peligrosísimas, de que es estremadamente fácil abusar; ora porque este género de discurso no es el mas difícil, ora porque la sátira presenta un falso semblante de libertad (\*), ó porque, deprimiendo á otros, parece al amor propio ensalzarse á sí mismo: por esto el elogio se hace insípido y el motejar muy agradable (†); y Ennio, añade, que es mas fácil á un hombre de talento apagar en la boca carbones encendidos, que retener un dicho satírico que le pase por el pensamiento. A estas naturales disposiciones del ánimo se une frecuentemente la envidia, la cual establece una severa inquisicion sobre las mas menudas acciones de otro, á fin de hallar alguna mancha que sombrear con los colores mas malignos.

(\*) Malignitati falsa species libertatis inest. Tácit. Hist. l. 1.

(†) Obtrectatio et livor pronis auribus accipiuntur. Id. Ibid.

Así la sátira debe recaer *mas frecuentemente* sobre las cosas, las locuras, preocupaciones, pretensiones del amor propio y sobre los vicios en general, que no sobre el hombre particular, á fin de que, excitándose la risa, no se abra una profunda y mortal herida en el ánimo de otros, y no se esponga uno al odio de las personas honestas, si la sátira sale falsa.

Es de observarse aquí que si el inventor de falsa maledicencia ó de injusta sátira es reprehensible, lo es tambien el que la difunde: quien prendiendo fuego á la casa ajena se escusase con decir que habia recibido el fuego de otro, no alcanzaria compasion; por la misma causa no debe obtenerla el que esparciendo falsas maledicencias é injustas sátiras, dice haberlas oido de Pedro ó Martin en un café, en un otro lugar público y no ser él su inventor.

*Despues de haber establecido la ley general, es preciso añadir las escepciones, las cuales resultan comunmente del ecsámen de las razones sobre que se funda la misma ley.*

La urbanidad no condena el que así, en la conversacion social como en la república literaria, se empleen modos satíricos mas ó menos picantes, pero ciertos, contra *los individuos* en los casos ó por los motivos siguientes.

1º *Para rechazar á un impertinente agresor.* El bien conocido Dacier, entusiasta del saber de los antiguos, escuchando un dia á una señora que no hablaba de ellos con mucho respeto, y principal-

mente del divino Platon, le dijo con toda la urbanidad de los héroes de Homero: "Ciertamente, señora, que no os dignais leer otro escritor antiguo que á Petronio" (se sabe que Petronio es el autor favorito de los disolutos): *Perdonad*, replicó ella, *yo aguardo para leerlo á que hagais de él un santo.* ¿Quién podria tachar este raspamiento de la dama de ser descortés ó grosero? Un príncipe, queriendo divertirse á espensas de uno de sus cortesanos, el cual habia sido empleado en algunas embajadas, lo asemejaba á un buho: "Yo no sé bien á quién me parezco, respondió: todo lo que sé es, que he tenido el honor de representar muchas veces á vuestra magestad." Aquí se ve bien justificado el derecho de defensa.

2º *Para vengar á la razon de los atentados de un necio ó un impostor.* Sócrates empleaba la ironía con las personas presuntuosas, con aquellos pretendidos doctos universales, que, no sabiendo nada, daban á entender al pueblo saberlo todo, y se mostraban prontos á responder sobre cualquier argumento. Luciano desenmascaró al célebre Peregrino, que aprovechándose de la simplicidad popular, y haciendo falsas predicciones, habia abierto una tienda de imposturas en Grecia, y se habia enriquecido con perjuicio del sentido comun y de las costumbres públicas.

3º *Para vengar los derechos de lo justo, de lo honesto, de la patria, contra los atentados de los*

*malvados, poderosos por una falsa opinion ó por fuerza efectiva.* ¿Quién podria condenar á Ciceron, cuando ponía en evidencia los vicios de Catilina y sus atentados contra la república? El juez que espone un delincuente á la vergüenza pública con un cartel al pecho, donde se leen sus delitos, es sin duda un *maldiciente*; mas esta maledicencia personal es necesaria en odio del delito y para prevenirlo.

El amo que, interrogado sobre las cualidades de un criado despedido, lo declara ladrón conforme á la esperiencia que de él tiene, es sin duda un maldiciente; pero esta maledicencia ó difamacion es útil, porque es menos malo que un ladrón se quede sin amo, que el que sean robados muchos inocentes.

Chesterfield no distingue con precision los límites que separan la sátira, maledicencia y burla útil y necesaria, de la inútil ó injusta, como puede verse por sus palabras en el siguiente párrafo.

"La maledicencia privada jamás debe ser acogi-  
da y divulgada voluntariamente, porque si bien  
"la difamacion pueda contentar de presente la ma-  
"lignidad y el orgullo de nuestros corazones, con  
"todo, la fria reflexion deducirá de semejante in-  
"clinacion consecuencias muy desfavorables para  
"nosotros. En materia de maledicencia como de  
"robo, el que recepta es tan culpable como el mis-  
"mo ladrón."

Distíngase la maledicencia que descubre las debilidades inocentes de otro por solo el prurito de denigrar, de la *maledicencia que descubre los verdaderos vicios y delitos reales que pueden ser dañosos al prójimo.* La primera es injusta y reprehensible, la segunda útil y necesaria. El hombre á quien estamos para confiarle la direccion de nuestra casa, ¿es un fullero, jugador ó disoluto? pues seguramente no será reprehensible el que nos lo advierta. Alguno nos imputa vicios y delitos falsos: ¿habria quien se quejara del que le quitase la máscara y lo mostrase mentiroso é impostor? Llega á una ciudad un caballero de industria, que con sus ingeniosos estratagemas estafa el dinero ágeno: ¿llevárase á mal que diéramos aviso de él á nuestros amigos, para que su buena fé no caiga en sus redes? En suma, si uno ama la grey, es preciso dar caza á los lobos; y si á los hombres; se les señalarán los perros rabiosos.

### § 2º. Reglas para el uso de la sátira.

Tres son las reglas que deben observarse en la sátira para que sea honesta y legítima, esto es, para que no ofenda ni la *justicia*, ni la *humanidad*, ni la *conveniencia*.

La sátira es injusta de dos maneras: 1º cuando hiere personas esentas del vicio imputado; 2º cuando recae sobre defectos que no pueden ascribirse á

culpa, como las imperfecciones físicas, ó bien las desventuras accidentales.

La humanidad es ofendida cuando la sátira es maligna ó acerba. Da indicios de malignidad quien se muestra ávido del mal ágeno; en él se deleita y se complace en insultar y dañar. Se manifiesta acerbidad, siempre que la sátira es desproporcionada á la culpa, y hace saltar la sangre á quien no merece sino un leve golpe de zurriago.

Se viola la conveniencia, cuando la sátira no conviene ni al que es satirizado ni al que satiriza, ó á las circunstancias de lugar y tiempo, ó cuando es villana y soez, ó cuando se derraman sin medida y se hace de ellas una profesion abierta y perpetua.

La injusticia en motejar, ó es maliciosa ó irreflexiva: la primera nace de la necesidad de humillar el mérito de otro para ensalzarse sobre las ruinas del abatido rival; la segunda proviene de un error de entendimiento, originado de la estrechez de las ideas, de los sistemas esclusivos, de la rigidez de carácter ó de la tenacidad de opiniones. De esta causa deriva tal vez la acerbidad producida mas frecuentemente del humor cáustico y atrabiliario. La causticidad es muchas veces hija de un corazón depravado, ébrio de maléfico orgullo, y alimentado con la hiel de la envidia: quizá una mala organizacion ó las persecuciones obstinadas de la fortuna, llegan á corromper una índole honesta y envenenar su espíritu.

La desconveniencia, por último, tiene por principios ó una naturaleza grosera, ó falta de educacion, ó una vida aislada y apartada de la sociedad, ó el poco estudio del hombre, ó las compañías vulgares, ó en fin, la habitud de hablar sin reflexion.

Cuando en la conversacion la sátira apoyada en falso, va mordiendo levemente las costumbres de los ausentes, no debe uno como censor severo arrugar las cejas; ni con mano atrevida se arrancará este ténue placer á la mediocridad que se consuela de la propia bajeza, esforzándose á deprimir el mérito de otro, sino que acomodado á la condescendencia, mas que al asenso, se admirará el ingenio del que censura, esternando dudas sobre la aplicacion. Y si luego se apodera se el placer de satirizar de todos los presentes, de modo que salte un Tersites que con dichos protervos provoque á maligna risa, escarneciendo la virtud, entonces será permitido trun-car con dignidad el discurso y tomar la defensa de los ausentes; mas para no rebajar la fé de nuestras palabras, no hay que mostrar alteracion de espíritu, puesto que de otra suerté al placer de satirizar se asociará en el ánimo del satírico el placer de conturbarnos, y los ausentes serán perjudicados con nuestra propia apología. La esperiencia demuestra en efecto, que el calor de la defensa vuelve acaso mas feroces á los asaltadores, y entonces la conversacion se parece á aquellos sacrificios bárbaros en que se inmolaban víctimas humanas. Déjese

pues, algun pasto á la malignidad, si se quiere que ella dé algun elogio. Mas para probar la sinceridad de nuestro celo, cuando produzcamos las acciones de alguno en que anden mezclados defectos con virtudes, se empleará la destreza de aquel pintor, que debiendo retratar á Antígono tuerto, lo pintó de perfil.